**Giu**

Tenía doce años y era delgada y alta, de ojos negros y grandes sombreados de largas pestañas, se había cortado el pelo como si fuera un muchacho y su corta melena negra enmarcaba una cara que poseía un atractivo especial y denotaba inteligencia.

Aunque no fuera bella, sus gestos reposados llamaban la atención, además era risueña y callada, tan callada que sólo ella sabía en el campamento que era una mujer, sus ropajes eran los de cualquier chico de su edad y procuraba pasar desapercibida, por eso hablaba poco. Había aparecido en el campamento después de que el rey de Aragón atacara el pueblo donde había vivido, un pequeño y tranquilo pueblo hasta aquel momento.

Y no es que las tropas hubieran entrado a sangre y fuego matando a todos sus habitantes y que ella fuera una de los pocos supervivientes, no, el rey era magnánimo y todos lo sabían. Cuando les puso cerco los aldeanos se aprestaron a luchar, pero nada podían hacer contra su ejercito y decidieron someterse a su voluntad y una vez que se hubieron rendido, sus habitantes fueron perdonados.

Sara era huérfana, a los seis años sus padres, que habían disfrutado de una buena posición, habían muerto en una de las frecuentes pestes que asolaban el país y ella había quedado bajo la tutela de la hermana de su padre que siempre había envidiado su desahogada vida, su tía sólo tenía dos hijos algo mayores que ella, la llegada de Sara a aquella casa supuso la salida de la criada más joven y ella ocupó su lugar.

Dormía en un zaquizamí junto a la cocina, trabajaba duramente y participaba muy poco en la vida familiar, para su tía no era sino una criada barata, así que poco a poco la idea de abandonar aquella casa le fue pareciendo una liberación. Pero no podía escaparse, la buscarían y la devolverían otra vez a casa en muy pocos días y hubiera sido mucho peor: su tía era muy severa y el escarmiento hubiera sido grande, se sentía atrapada y nada podía hacer.

Pero el caos de la guerra cambió todo, en aquella casa, como en otras muchas, sólo había lugar para el llanto y las lamentaciones temiendo el asedio y la posterior venganza del rey. Pero una vez que el pueblo se rindió, ella pudo escapar de aquella casa dispuesta a no volver jamás, la libertad por la que rezaba cada noche había llegado de la forma más inopinada y no pensaba desaprovecharla

Cuando el rey entró seguido de sus caballeros en su pequeño pueblo, mientras los habitantes se mantenían respetuosamente de pie ante la puerta de sus casas para demostrarle su agradecimiento por la generosidad que mostraba para con los vencidos, Sara cogió el dinero que su tía guardaba en un escondrijo, lo envolvió en un banda de tela y se lo anudó a la cintura, se vistió como un chico, hizo un hatillo con lo poco que poseía y se marchó silenciosamente por la parte posterior de la casa atravesando el corral. Nadie se fijó en ella.

Y digo que cogió el dinero, porque no lo consideraba un robo sino una restitución, aquel dinero era suyo, su tía lo consiguió vendiendo la casa donde viviera con sus padres, pero una y otra vez su tío aseguraba que ese dinero sería para sus hijos, ella tenía que pagar por su manutención y por el techo que le daban, a fin de cuentas sólo era una pobre huérfana a la que habían acogido en su casa por pura misericordia. Y tampoco podía esperar algún día casarse y ser libre: sin dote no había boda.

El rey no había exigido ningún tributo especial, ni tan siquiera les había pedido que renunciaran a su religión aunque él fuera cristiano, respetaba su religión, su raza y sus costumbres. Según había podido comprobar por los comentarios que se hacían en el campamento, prefería que la gente de los pueblos y ciudades conquistadas se quedaran a vivir en sus casas, Aragón tenía pocos habitantes y las tierras tenían que seguir siendo cultivadas para que no se convirtieran en eriales

Todo seguía igual en el pueblo que se divisaba en la falda de la colina, el único cambio que era visible era el del alcalde que los vencedores habían nombrado y también que los cristianos serían mayoría a partir de ahora, pero habían respetado vida y haciendas y el nuevo alcalde les aseguró que el rey les concedería un fuero que les protegería todos, ya fueran cristianos, judíos o musulmanes, porque ahora todos eran sus vasallos. Algunos habitantes se dispusieron a partir a pesar de las promesas del rey porque las consideraron demasiado generosas para ser cumplidas, pensaban que sólo era un engaño y que en poco tiempo les echaría del pueblo. Sus casas deshabitadas fueron prontamente ocupadas por los nuevos dueños, pero casi nada cambió y en poco tiempo la rutina volvió a invadir sus vidas. Había que madrugar, cultivar el campo, encender el fuego, hacer la comida y bajar al rio a lavar la ropa. Y allí siguieron conviviendo cristianos, musulmanes y judíos igual que antes, igual que siempre, rigiendo su vida por los toques de la campana de la iglesia.

Las tropas del rey habían establecido su campamento sobre una colina que dominaba el pueblo y pensaban quedarse allí por unos días. Se comentaba que el rey esperaba la llegada de unos nuevos vasallos del Midi francés. En realidad el rey Alfonso era medio francés; su madre era Felicia de Roucy, hija del señor de Ramerupt, situado en el norte de Francia, era por lo tanto muy habitual en él relacionarse con los nobles franceses y como algunos querían partir a las cruzadas, pensaban dejar sus tierras bajo el amparo del rey aragonés: era un buen cristiano y un gran guerrero

Algunos soldados se fijaron en aquel chiquillo que caminaba arriba y abajo del campamento sonriendo y feliz a pesar de su soledad, ellos no sabían que se sentía libre como un pájaro. Le preguntaron cómo se llamaba y de dónde venía, pero ella hacía un gesto vago con las manos señalando al pueblo que se veía al pie de la colina sin contestar (de ninguna manera quería proporcionar la menor información que pudiera hacer que su tía la encontrara) por lo que uno de los capitanes del rey, que era italiano la llamó Giu (abajo) por su forma de responder cuando le preguntaban de dónde era, en poco tiempo todo el mundo la llamaba Giu y se acostumbró a su nuevo nombre; tanto que olvidó el verdadero.

Dormía al raso como los soldados y ayudaba a sus mujeres en las pequeñas tareas que le encargaban, eso le daba protección y alimento.

Aquel día, la larga comitiva volvía del pueblo y ella esperaba junto al camino para ver las tropas del rey marchando lenta y acompasadamente. Al frente iba el rey conversando con uno de sus caballeros. Tenía una mirada atenta a cuanto veía y cuando pasó junto a ella bajó la vista y sus ojos se cruzaron con los del rey que le sonrió amigablemente. Fue sólo un instante, pero aquella mirada traspasó su corazón y desde entonces supo que le amaría hasta la muerte. Aquella noche se quedó horas mirando el cielo. Nunca las estrellas habían sido más bellas ni más brillantes, ni su corazón se había sentido tan feliz. Era una niña solitaria y hambrienta de amor y protección y no quería olvidar nunca aquella amable sonrisa del rey.

Las mujeres del campamento comentaban la desesperación de una mujer del pueblo que había perdido a su sobrina y lloraba amargamente su desaparición buscándola sin descanso. Ella oía y callaba: sabía que su tía lloraba en realidad por la pérdida de su pequeño tesoro y no por ella, pero por mucho que preguntaron a todos los soldados, nadie supo responderles, no la habían visto nunca: aquella sobrina no apareció por ningún lado, así que cuando pasaron unos días, el recuerdo de Sara se borró de sus mentes. Sara era ahora un muchachito de doce años llamado Giu.

Se despertó sonriendo y pensando en su rey, quería volver a verle, saber cómo era el tono de su voz, estar cerca de él. Dormía junto a las mujeres y los hijos de los almogávares que le habían brindado su protección y aquella mañana el llanto desesperado de un niño atrajo su atención, sólo tenía unos meses y su madre lo arrullaba entre los brazos tratando de calmarle sin conseguirlo. Se acercó y se sentó junto a ella, sintió un extraño calor en el pecho.

—Si me dejas tu niño puedo intentar calmarlo— dijo casi sin darse cuenta de lo que estaba diciendo. La madre la miró con el cansancio reflejado en la cara.

—Llora muy a menudo y no quiere comer— exclamó a punto de llorar ella misma— si sigue así, mi hijo morirá.

Sara le tendió las manos y su madre depositó al pequeño en su regazo, nada más abrazarle el niño calló, el calor que en un principio notó en el pecho se extendía ahora a sus manos que parecían hormiguear, acarició su cara y dejó que se durmiera, después se lo devolvió a su sorprendida madre.

Ella también estaba sorprendida: era la primera vez que el don que su madre poseyera se había manifestado en ella, eso significaba que muy pronto sería mujer porque el don coincidía con la pubertad, su cuerpo comenzaría a cambiar, no sabía por cuanto tiempo podría seguir siendo Giu y eso le preocupaba.

Además el don se acompañaba de otros fenómenos inquietantes, podría conocer el futuro y tría visiones como las tuvo su madre y eso la llenaba de miedo. No era fácil ser diferente a los demás y muy difícil esconderlo. Su madre no había tenido una vida fácil, había tenido que soportar que en algunas ocasiones la llamaran bruja y eso en una judía podía ser verdaderamente peligroso si cualquiera de tus vecinos se mostraba poco amistoso, la prueba era el odio que su madre había despertado en su tía. Pero de todas formas nada podía hacer, no era ella la que elegía tener el don, sino el don el que elegía a ella, tendría que habituarse y tratar de ayudar con este nuevo don: eso era algo a lo que las personas que lo poseyeran estaba obligadas a hacer y nunca podría cobrar ni una sola moneda por su ayuda.

Poco a poco Giu comenzó a ser conocido por su extraña habilidad para consolar a niños y ancianos, todos apreciaban su ayuda que nunca negaba a nadie y las mujeres de los almogávares la consideraron una especie de brujo, eso le confirió un status superior y no tuvo que seguir haciendo los pequeños trabajos de los primeros días; eso le dejaba más tiempo para ver al rey. Le seguía de lejos con la mirada cuando caminaba por el campamento acompañado de sus capitanes. Era frecuente que se parara para hablar con alguno de ellos aunque fueran simples soldados, parecía conocerlos a todos: quizás por eso todos le querían, el rey no tenía mujer ni hijos y su familia eran ellos. Ella le miraba y le parecía que sólo era suyo, era al mismo tiempo su padre, su hermano y su amante, porque el rey era su primer amor y le quería con toda la intensidad de su joven cuerpo que ya era mujer. Ahora ya conocía su voz, una voz grave que le hacía vibrar como si fuera un harpa, se sentía feliz viviendo a su sombra, era como la hiedra que trepa por el árbol y se agarra a él para medrar. Giu tampoco podía vivir sin su querido rey.

Tres semanas más tarde el ejercito se retiró, todos levantaron las tiendas, cargaron los carros con sus pertenencias, ataron los perros a una argolla de su parte posterior y comenzaron su marcha hacia el corazón de Aragón. Giu se fue con ellos, no hubiera podido ni imaginar vivir lejos de su rey.

García tenía catorce años, era hijo del infante Ramiro Sánchez y pertenecía a la nobleza navarra, su padre le había enviado junto al rey Alfonso de Aragón para que se formara como soldado porque ése había sido su deseo desde muy pequeño. Su abuelo había sido Rodrigo Díaz de Vivar y él parecía haber heredado sus mismas habilidades para luchar y ahora que ya tenía la suficiente fuerza como para cabalgar y empuñar una espada, se había incorporado al ejercito de su rey, puesto que Alfonso era también el rey de Navarra.

Aquellos meses de invierno todos descansaban en Montearagón, atravesaban un periodo de relativa paz y además el frio paralizaba las guerras, los soldados que peleaban por obligación habían vuelto a sus casas con sus mujeres e hijos, sólo quedaban allí los almogávares que no poseían tierras y que no tenían otra ocupación que la guerra y el ejército profesional que no dejaba de entrenarse.

En el castillo habitaban el rey y los nobles principales, el resto vivía en el pueblo situado a sus pies y allí era donde estaban los campos en los que los caballeros luchaban y el campamento de los almogávares. Giu vivía con ellos y se acercaba a diario a los campos de entrenamiento para ver al rey. Aunque éste no siempre acudía a ver las luchas, ella se sentaba en el suelo y miraba hacia el camino que descendía desde la fortaleza. Cuando la silueta de un grupo de caballeros se recortaba en la escarpada pendiente, miraba atentamente por si el rey estaba entre ellos. Era difícil distinguirle de lejos de sus demás caballeros porque vestía muy sencillamente, pero si le reconocía una vez que estaba cerca, se sentaba con una sonrisa en la cara y observaba sin pestañear cuanto hacía, cómo entrenaba con sus capitanes, sus órdenes y sus consejos, aunque debido a la distancia a la que estaba sentada, sólo le llegara un débil murmullo.

Pero García sí acudía a diario a los obligados entrenamientos y no le pasó desapercibido aquel chico casi de su edad que observaba todo tan atentamente. Aunque parecía un poco debilucho como para empuñar una espada, el brillo de sus ojos le decía que era feliz observándolos manejar la espada y dominando al caballo; debía gustarle mucho el ejército para estar siempre sentado en el mismo sitio y mirándoles sin pestañear.

Había pocos chicos de su edad en Montearagón ¿Por qué no hacer un nuevo amigo? No era de su clase, era cierto, sólo con ver su sencillo ropaje era fácil adivinarlo, pero tenía una mirada inteligente y las personas valían por lo que eran, no por su nobleza; eso les repetía el rey a menudo a todos ellos.

— Tu vida en la batalla dependerá de quien esté a tu lado y en ese momento todos preferiréis un valiente a un noble, así que tratadles igual. Lo había oído muchas veces de sus labios como para olvidarlo.

Se acercó a él, pero estaba tan absorto que ni le oyó.

—¿Te gusta ver nuestros entrenamientos?

 Sara dio un respingo, estaba mirando al rey y no veía nada más, aquel chico junto a ella le sorprendió.

—Si— dijo procurando que su voz sonara lo más grave posible—me gusta verlos.

 Pues no era muy hablador, se dijo para sus adentros, quizás se había equivocado juzgándole, aquel chico seguía embobado mirando el campo donde el rey luchaba ahora con uno de sus capitanes sin hacerle caso.

—Me llamo García— dijo sentándose su lado. Sara se volvió hacia él.

—Mi nombre es Giu—respondió. García rebuscó en su memoria, aquel nombre le decía algo. Giu…¿Acaso eres el chico que predijo la muerte del conde Ramiro Sánche

Asintió con la cabeza. Cuando volvían hacia Aragón las tropas se vieron retenidas por la crecida de un arroyo que las lluvias habían convertido en torrentera. La opinión de todos fue esperar unos días a que el nivel del agua bajara, pero el conde tenía prisa en llegar a sus tierras. Dijo con enfado que ni esperaría a la bajada de las aguas ni pensaba buscar un vado, cruzaría por allí mismo, él no era ningún cobarde, el agua no podía ser muy profunda cuando sólo unos días antes se podía pasar a pie. Sara tuvo la visión del conde ahogándose y se precipitó a coger sus bridas rogándole que no lo hiciera, pero el conde se apartó de ella con brusquedad, era un importante hombre curtido en las guerras y Giu un pobre chico que por no tener, no tenía ni vello en la cara.

Tuvo una mirada desdeñosa para todos los que no se atrevieron a cruzar con él y entró en el agua, pero el fondo de barro y ramas hizo que el caballo coceara al sentirse inseguro, el conde cayó y la turbulencia del agua le arrastró. Nada pudieron hacer por él, recogieron su cuerpo unas leguas más abajo, enganchado en las ramas de un árbol.

Cuando comenzó a correr el rumor de que Giu se lo había advertido, su fama de hechicero creció y todos querían hablar con él, pero Giu había desaparecido, las mujeres de los almogávares le escondieron atendiendo a sus ruegos. Poco a poco se fueron olvidando de él, pero ahora volvía a estar allí, ante sus ojos.

 —Los almogávares dicen que tienes un don— dijo mirándola fijamente.

—Ya sabes que son muy supersticiosos, no hay que creer todo lo que se escucha— dijo con un gesto de enfado. García tuvo la sensación de que su nuevo amigo no quería hablar más sobre aquel asunto, así que se sentó a su lado y cambió de conversación. Miró a la explanada donde el rey hablaba con sus acompañantes.

 —Van a seguir los entrenamientos, hoy el rey se medirá ahora con uno de sus de capitanes , Barbatorta–dijo García señalando al rey y a otro soldado que estaba a su lado. Luego añadió con orgullo— cuando él nos acompaña todo es diferente, nos esforzamos en luchar , no hay nada que nos haga más felices que recibir sus consejos y a veces sus felicitaciones.

—¿Has hablado con el rey? Dijo Giu con la boca abierta por el asombro

—¡Pues claro, todos hablamos con el rey! —Los ojos de Giu se habían vuelto brillantes y su voz temblaba.

 —Háblame del rey, por favor, yo nunca he hablado con él como lo haces tú.

—Pues…— se dio cuenta de que no sabía qué decirle— es un hombre justo y vive solo, dedicado a la guerra contra el Islam. Es como un monje, pero en vez de rezar pidiendo a Dios que nos libre del poder de Ala, se pone al frente de su ejercito y lucha por conseguirlo.

Giu le miraba sin perder una sola palabra, con una atención que sorprendía a García. Siguió hablando y ni una sola vez su amigo le interrumpió, a veces parecía estar viendo algo que sólo él podía ver.

—…Y nunca se casará, siempre estará junto a nosotros, que somos su verdadera familia, la única que tiene, porque sólo ama a su Dios…

Las palabras de García eran la música más maravillosa que jamás oyera: el rey era suyo. Puesto que ninguna mujer compartiría jamás su cama, ella podía soñar en amarle aunque fuera de lejos, le adoraría hasta la muerte en silencio y siempre estaría a su lado…

—¿Se puede saber en qué estás pensando? – la voz enfadada de García le devolvió a la realidad—¡Si fueras una chica diría que estás enamorada del rey¡

 Pero en vez de reírse de sus bromas, Giu se había quedado callado y su cara se había cubierto de rubor, después se levantó de un salto y desapareció de su vista corriendo de una forma muy desgarbada.

García lamentó haberle herido, pero no había tenido tiempo de disculparse, había hecho una rara amistad, pensó, aquel chico tan sensible no valdría nunca para pelear, así que no comprendía por qué perdía el tiempo mirándoles.

Una semana después Giu volvía a estar en el mismo sitio, García le vio de lejos y resolvió acercarse para disculparse, sin embargo una sonrisa radiante le recibió, Giu no parecía querer recordar su anterior conversación, hablaron de la vida de García, de lo que quería hacer cuando fuera nombrado capitán, del rey, de sus guerras, pero nada consiguió sonsacar a su amigo, ni de su vida pasada ni de sus deseos futuros, pero al menos reconoció que poseía un don aunque fuera muy parco en hablar de él.

Un mes después el rey comunicó a sus nobles que iba a casarse con la reina más poderosa y rica de aquellos reinos y desde luego más rica que él; era Urraca, reina de Castilla y León.

Era una noticia que todos recibieron con júbilo. Todos menos Sara que vio su mundo romperse en mil pedazos.

Lloró desconsoladamente durante dos días escondida en la tienda de los almogávares donde dormía, la mujer no entendía aquel llanto ni aquella desesperación. Se negaba a comer y rezaba en una lengua extraña que desconocía mientras se cubría la cabeza de ceniza y sus ojos se llenaban de lágrimas, al tercer día se levantó y fue a buscar a García.

Se sentó en el mismo sitio de siempre y esperó. García estaba luchando en el campo, pero cuando acabó se acercó a su amigo. Su aspecto desgreñado y sucio le llamó la atención, pero no tuvo tiempo de saludar, Giu se levantó y se abalanzó contra él golpeándole el pecho con furia.

—¡Me has engañado, dijiste que nunca se casaría, lo dijiste y yo me lo creí¡

Le sujetó las manos sin comprender sus palabras, él era mucho más fuerte, lo notó al coger las delgadas muñecas que temblaban entre sus manos.

—¿Estas loco Giu? ¿Qué te pasa?— exclamó sorprendido. Pero su sorpresa no iba a acabar allí, porque Sara le abrazó sollozando.

 —¡Me moriré sin él, García , me moriré¡ Notó la delgadez de su cuerpo…y unos incipientes pechos que la delgada tela de su camisa ya no podían disimular en aquel apretado abrazo. La separó un momento.

 —¡Eres una mujer¡¡ahora comprendo¡ Pero se le ocurrían miles de preguntas, aunque lo único que podía hacer ahora era tratar de consolar a Giu ¿Giu? No, no era un hombre, era una mujer, debía tener otro nombre, ya se lo preguntaría cuando dejara de llorar, pero aquel llanto parecía eterno y por mucho que tratara de consolarla, Sara sólo repetía “ lloro por él y por mí”

Aquello le pareció extraño, la vida del rey no tenía nada que ver con ella, tenía más de treinta años y ella sólo doce, él era un rey y sólo se casaría con la hija de un rey y eso lo sabía todo el mundo. Ni tan siquiera hubiera tenido la oportunidad de calentar su cama, porque el rey había rechazado mujeres mucho más hermosas que ella y que sus capitanes le habían ofrecido tras las batallas. Pero ahora aquel matrimonio hacía tan fuerte al reino de Aragón, tan poderosos sus ejércitos, que ni aquel rey, capaz de resistirse a las cautivas más hermosas, se había podido resistir a Urraca.

—¿Te has enamorado del rey?— susurró incrédulo. Sara asintió sin hablar, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

 —Eres muy joven, volverás a enamorarte— dijo para consolarla—por cierto, dime cómo te llamas de verdad, no quiero seguir llamándote Giu, y deja de llorar, así no arreglaremos nada.

 Se sintió protegida por García, era generoso y deseaba ayudarla, trató de contener sus lágrimas.

 —Me llamo Sara, soy judía y mis padres han muerto, he heredado el don de mi madre pero nadie sabe si heredará el don hasta que llega la edad de la pubertad, hace muy pocos meses que yo lo tengo. García escuchaba atentamente mientras Sara le contaba toda su vida, la huida de casa de sus tíos, la llegada al campamento y cómo amó al rey desde el primer día que sus miradas se cruzaron.

—Habrá más hombres en tu vida, de tu edad y de tu condición y te enamorarás del más guapo, te casarás y tendrás un montón de hijos— dijo tratando de hacerla sonreír. Pero Sara no sonreía sino que comenzó nuevamente a sollozar.

—La mujer que tiene el don se enamora sólo una vez en la vida, García— dijo cuando se calmó—y sé muy bien que el rey es inalcanzable para mí, pero sólo quería vivir cerca de él siendo su sombra. Si el rey no tenía ninguna mujer, si seguía viviendo como un monje, el rey me podía pertenecer. Puedo compartirlo con su Dios, pero no con otra mujer.

—Las mujeres sois complicadas y si tenéis un don os hacéis incomprensibles—murmuró, pero le acarició la cabeza cariñosamente tratando de consolarla, parecía tan indefensa, tan perdida en su dolor que él mismo se sintió triste.

Cuando el rey partió para su casamiento, Sara se unió a una pequeña caravana de judíos que marchaban a Córdoba. Sólo se despidió de García y de la mujer del almogávar bajo cuya protección vivió, le había contado a su ya fiel amigo lo que pensaba hacer, quería estudiar medicina en la prestigiosa universidad cordobesa. Cuando García le preguntó boquiabierto de dónde sacaría el dinero para pagarlo, ella le mostró su cinturón repleto de monedas de oro. Se alegro, su don y los estudios harían de ella una médico famosa y volverían a verla por la corte ya que todos los reyes y señores principales solían tener médicos judíos o árabes, le dijo. Pero Sara movió la cabeza, no estudiaría para curar a los nobles o a los reyes, no necesitaba el dinero, su don le obligaba a curar a los más pobres.

Había visto por última vez al rey cuando montado en su caballo y acompañado por sus nobles partió hacia Castilla, le deseaba la mayor felicidad del mundo, como todos sus súbditos que se agolpaban para besar su mano, ella también se acercó y retuvo un momento la mano del rey entre las suyas, luego la besó entre lágrimas; en aquel momento la vida se paró para ambos. El rey bajó los ojos hacia ella y sonrió.

—Te esperaré en el Valle de la Muerte— se dijo mirándole por última vez. Pero el rey hizo un extraño ademán, como si hubiera podido oír sus pensamientos, luego la comitiva siguió. Sara continuó en pie hasta que el polvo del camino los hizo desaparecer.

 Y la vida siguió para ambos, y como suele ocurrir a menudo, ninguno fue feliz. Aquel matrimonio fracasó y el ejército castellano no se unió al aragonés para luchar contra el Islam, sino que se enzarzaron en luchas fratricidas durante cinco largos años, luego aquel matrimonio se deshizo y el rey se dedicó en cuerpo y alma a su lucha contra el Islam y a engrandecer su reino y siempre estuvo solo.

Sara vivió en Córdoba durante veinte años y su vida consistió en cuidar a las gentes más necesitadas, pero muchos no la comprendieron y otros envidiaron su don, al final se marchó de Córdoba y se estableció en Aragón, pero nunca se casó porque seguía amando a su rey como el primer día.

Los años siguieron pasando pausadamente, acumulándose como la nieve en la cima de las montañas. El rey ya tenía sesenta años cumplidos de largo, no era frecuente llegar a aquella edad y menos en un guerrero que se pasaba la vida peleando. Sus gentes le adoraban, no había nadie como él, decían, era un azote para los musulmanes y siempre salía vencedor.

Pero aquella noche Sara tuvo una visión y supo que su rey iba a morir muy pronto. Nunca había olvidado la promesa que le hizo de esperarle en el Valle de la Muerte, entonces ambos serían iguales, ya no habría edad, ni él sería rey , ni tan siquiera serían hombre y mujer, porque la muerte igualaba las almas al desprenderse del cuerpo que las definía en este mundo.

El rey estaba sitiando Afraga y Sara marchó allí, era el mes de junio cuando llegó y se instaló en el campamento esperando lo que sabía que tenía que pasar. Tampoco esta vez llamó la atención su presencia porque el rey pensaba tomara Afraga muy pronto y se había traído gran cantidad de escribanos y gente del clero para que tomaran las riendas de la nueva ciudad conquistada.

A mediados de junio tuvo lugar la gran batalla que el rey perdió, y todo el campamento cristiano fue pasado a cuchillo. Sara esperó su momento rezando confiadamente, el tiempo de sufrir tocaba a su fin, su liberación estaba cerca. Cuando el cuchillo se hundió en su garganta y una oleada de sangre llenó sus vestidos, Sara sonrió : moría antes que su rey.

El rey también murió unos días después a consecuencia de sus heridas, sus ojos se cerraron para siempre y el alma dejó su cuerpo.

Era una sombra rodeado de muchas sombras más, todas se movían silenciosamente encaminándose hacia el sombrío valle que veían frente a ellos. Aquella incorpórea muchedumbre de la que formaba parte no andaba, aunque se movieran sin descanso: era como si un viento suave pero continuo les arrastrara, parecían estar hechos de niebla y viento. Cuando se adentraban en el negro valle, muchas de aquellas sombras se desvanecían en la tierra como se desvanecen las gotas de agua en la tierra sedienta y reseca, sólo algunas seguían caminando y al hacerlo sus sombras se iban haciendo cada vez más definidas y luminosas.

Tuvo miedo, no quería desaparecer absorbido por aquella tierra, sino llegar al brillante horizonte que se distinguía al final del valle, pero su sombra se hacía cada vez más tenue. Otra sombra avanzó hacia él, era más luminosa a medida que se acercaba, irradiaba amor y protección, cuando llegó junto a él y distinguió su cara exclamó.

—Sara—era extraño que supiera su nombre, se dijo, pero había brotado de sus labios sin esfuerzo, como si siempre hubiera estado en su recuerdo.

—Te dije que te esperaría en el Valle de la Muerte, mi señor— dijo la aparición tendiéndole las manos

—Tengo miedo de este valle, Sara—reconoció el rey. Pero la brillante sombra le sonrió.

—No temas, el amor es más fuerte que la muerte, mi señor. Cogió sus manos entre las suyas y el temor desapareció, era como si se fundieran en un estrecho abrazo.

Ya no habría más dolor, ni soledad, ni lucha, una paz inmensa llenaba sus almas, cada vez se sentía más seguro, sus cuerpos eran ahora resplandecientes.

Se alejaron juntos, atravesando confiadamente aquel valle, la muerte ya no tenía ningún poder sobre ellos y se dirigieron hacia la tranquila y brillante luz que cada vez estaba más cerca. Hacia la eternidad.